

todas las baterías republicanas en celebridad de la fecha; dibujaban las balas en la oscuridad líneas de fuego que formaron un espectáculo raro y maravilloso, acompañado del estruendo de cien piezas de artillería y la explosión de innumerables granadas. Maximiliano permaneció en la plaza de la Cruz durante el bombardeo que duró hasta las diez de la noche, y los húsares y guardias de *corps* estuvieron listos. En las conversaciones que sostenía Maximiliano con sus generales, terminaba casi siempre con esta frase: "*afortunadamente podremos abrirnos paso cuando nos plazca.*"

Entre los sitiados se deseaba algún descanso y no sentir ya á todas horas la intranquilidad que se deriva de estar expuestos constantemente al peligro sin esperanzas de salvarse; los sitiadores estrechaban incesantemente el sitio, aumentaban sus medios de ataque y el efectivo de sus tropas. Ningún correo podía pasar las líneas de los republicanos; aparecían frecuentemente algunos emisarios imperialistas colgados frente á las trincheras de los sitiados. Aumentando diariamente los motivos de malestar, muchos de los defensores de la plaza perdían la fe con el tiempo, seguros de que no recibirían recursos de naturaleza alguna; entonces se destacaba más la serena y firme actitud del General Miramón, que sin desanimarse por el fatal resultado de sus esfuerzos, aún alentaba esperanzas en el triunfo, y proponía al Emperador nuevas salidas, creyendo posible que se repetirán los extraordinarios sucesos del Cimatario. (1)

(1) Para encubrir el mal efecto que produjo la salida del 3 de Mayo, se hizo circular el rumor de que el ataque se había suspendido á causa de que, en los momentos en que se combatía, logró penetrar á la ciudad el sargento de cazadores Guadalupe Valencia, portador de comunicaciones del general Márquez, en las que anunciaba la llegada del cuerpo de ejército auxiliar. La noticia, que tenía probabilidades de ser cierta, fué acogida sin desconfianza, y creída á fuerza de oírse repetir á los jefes superiores, mas aun cuando la publicó el jefe de Estado Mayor; pero el entusiasmo que tales noticias producían era de corta duración, lo desvanecía la realidad, se palpaba la constante disminución en el efectivo de las tropas que defendían la plaza y la pérdida de sus mejores oficiales, viéndose en cambio el incesante aumento del número de sitiadores y de sus medios de acción. En tales condiciones les fué preciso á los generales Miramón y Arellano, abandonar ya todo proyecto de salida.

Operaban dentro de la plaza dos terribles enemigos de los sitiados: el hambre y la pérdida de esperanzas con todo el séquito de miserias que de ella se derivan. Para combatir la falta de víveres publicó el general Castillo un bando que condenaba á muerte á todos los que no denunciaran, en el término de veinticuatro horas, la existencia de cereales, principalmente de maíz, que hubiesen oculto; aunque el decreto no fué ejecutado al pie de la letra, sí se extrajeron muchos víveres que estaban ocultos, y continuó el consumo de carne de los caballos y mulas que perecían por falta de forrajes, ya pertenecieran al ejército ó á los particulares que se veían obligados á darlos á precios reducidos. Para proveerse de recursos se imponían préstamos forzosos á los propietarios y comerciantes, cotizados por una comisión nombrada en junta que formaron los interesados; pero faltando el numerario se reunían cantidades tan cortas, que hubo necesidad de renunciar á ese ruinoso expediente. El medio sueldo que al principio del sitio fué dado con regularidad, llegó después á ser raro.

Se creyó detener el desaliento publicando las falsas cartas atribuidas á los generales Márquez y Vidaurri, en las que se decía que marchaban fuerzas para Querétaro, excusando su retardo por

Al observar los republicanos que tenía Maximiliano la costumbre de pasearse á las cuatro de la tarde en la plaza de la Cruz, acompañado de varias personas de su confianza, arrojaron sobre aquel sitio tan gran cantidad de proyectiles, que obligaron al Emperador á cambiar la hora y el sitio de sus paseos. Otra vez, estando sobre la más elevada de las bóvedas de la Cruz, advirtieron su presencia y la de algunos de sus generales y les dirigieron las punterías, yendo una bala á hundirse en la pared á pocas líneas de la cabeza del coronel López. En todas ocasiones mostró Maximiliano serenidad á toda prueba, jamás apresuró el paso aunque cerca de él pasaran silvando los proyectiles, ni se le notaron los movimientos instintivos que obligan á inclinarse al lado opuesto al del peligro.

También los sitiados hacían puntería sobre la tienda del general Escobedo, con un obús de fuerte calibre, de los tomados á los republicanos y situado en el jardín de la Cruz; pero después de algunos tiros las baterías republicanas contestaron con tal cantidad de proyectiles, que forzaron de pronto á los imperialistas á suspender el fuego; al continuarlo el siguiente día, obligaron al cuartel general de los republicanos á retirar sus tiendas á una distancia considerable para colocarlas fuera del alcance de los tiros de la plaza.

Distribuyó Maximiliano el 10 de Mayo, en el palacio municipal y con pompa militar, las recompensas á que muchos se habían hecho acreedores, procurando con este acto levantar el espíritu del ejército, y aunque ya se comprendía per-

las dificultades que habían encontrado y vencido. Estas cartas quiméricas estaban redactadas de manera tan estudiada, que dieron lugar á concebir nuevas esperanzas y se logró que á pesar de la miseria que ya era general, se evitara en cierto modo que continuaran las desertiones, que al finalizar el sitio tomaron un carácter de suma gravedad.

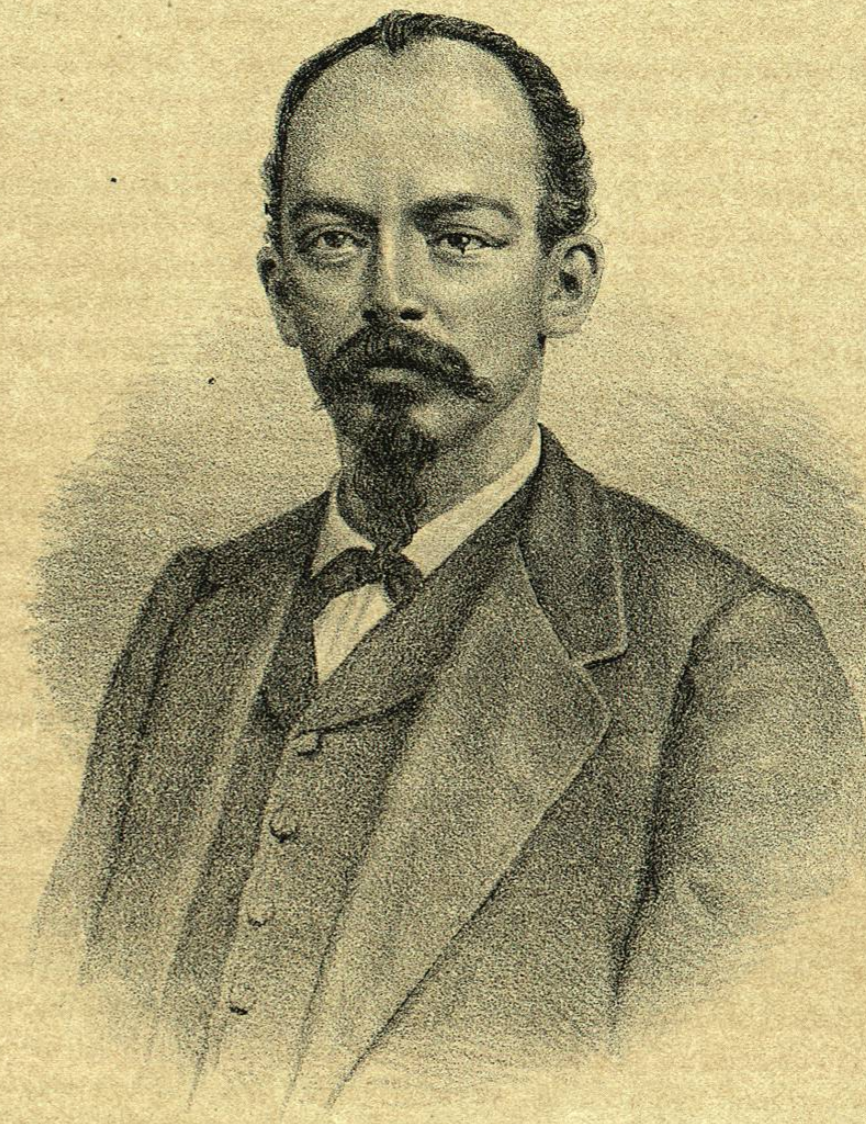
Sufrían los soldados mexicanos con estoicismo las calamidades del sitio, en tanto que los austriacos y belgas molestaban á Maximiliano, en todas ocasiones, con exigencias continuadas y reclamaciones de toda naturaleza, á tal grado que los libertó de los juramentos que habían prestado. En Querétaro ningún soldado mexicano reclamó sueldo, ni se quejó aunque le agobiaran el hambre y los sufrimientos. Conoció entonces Maximiliano la gravísima falta que cometiera en no haber organizado un ejército nacional; todos los días visitaba las líneas y procuraba remediar ó aligerar los males que notaba.

El documento publicado en Querétaro acerca de la marcha que se supuso había hecho Márquez para auxiliar al Emperador allí sitiado, decía que el día 17 de Abril había salido de la capita con la División mandada por los generales Rosas Landa, Zires y O'Horan; enumeraba las brigadas y cuerpos de que se componían; atribuía el mando de la División de reserva al general Vidaurri; suponía un tren de noventa carros y que la comisaría contaba con los fondos suficientes. Vidaurri y Márquez se habrían de reunir en la hacienda de la Jordana; México quedaba suficientemente guardado al mando del general Tabera, sin que por allí se debiera abrigar ningún temor, pues la capita se bastaría á sí misma por largo tiempo. Además fraguaron los generales sitiados una comunicación de Vidaurri, fechada en Ixtlahuaca, diciendo que habían tenido que luchar con dificultades naturales é imprevistas; pero que al fin estaban en marcha é iban á comenzar las operaciones sobre los sitiadores de Querétaro. En ausencia de Vidaurri, el gabinete había quedado presidido por el Sr. Iribarren.

fectamente que la situación era irremediable, se quería morir con gloria. Maximiliano no creía que Márquez hubiera sido derrotado al querer socorrer á Puebla, y que estuviera sitiado en México sin posibilidad de auxiliar á Querétaro. Se le habló de capitulación y mandó poner preso al que se atrevía á hacerle proposiciones en tal sentido, pareciendo que prefería la muerte á la humillación de caer vivo en manos de los generales juaristas.

El general Tomás Mejía propone, para facilitar una salida, armar al pueblo que cuidaría bajo su mando una parte de las trincheras fortificadas, en tanto que el Emperador y los generales hacían con las tropas disponibles, la segura y postrera tentativa para obligar á sus contrarios á levantar el sitio; pero Mejía no pudo reunir sino corto número de paisanos, en ello transcurrieron tres días y creció el desaliento que ya era intenso. Esto contrariaba vivamente á Maximiliano y le impulsó á intentar una salida general; confió á Miramón el encargo de elegir el mejor punto para ejecutarla, atendiendo á los pocos elementos que quedaban. Verificada una junta de guerra el 11 de Mayo en el cuarto del general Castillo, se convino en la necesidad de romper la línea, aunque á la vez se calificó el hecho de impracticable, cualquiera que fuese el punto escogido para la salida. La ciudad habría de quedar al cuidado de los tres mil indígenas que calculaba armar y organizar el general Mejía; se dejarían clavados los cañones, exceptuando dos ó tres para hacer ruido, secundados por los indígenas que descargarían hasta el amanecer sus mosquetes que después tirarían, retirándose á sus casas. En los preparativos se pasaron los días 12 y 13 de Mayo, y consultado Mejía dijo que ya estaban listos los indígenas; pero que no habiendo fusiles disponibles, suplicaba se aplazara el movimiento hasta la noche del 14 al 15, á cuya petición accedió Maximiliano. El primero de estos días se reunieron en consejo de guerra presidido por Maximiliano, los generales Miramón, Mejía, Castillo y Arellano, se discutió y determinó la salida, quedando en secreto el lugar por donde se verificaría, sabido únicamente por Miramón; pero sucesos tan imprevistos como sorprendentes y terribles, sobrevenidos en pocas horas, impidieron el desarrollo de esos planes y acabaron con la poca vida que aún tenía el Imperio. En los setenta y un días de sitio, se habían librado veintiún combates; los sitiados habían triplicado durante el sitio sus piezas de artillería con las quitadas al enemigo; pero la situación de la plaza había empeorado, apareciendo cada día en las filas de los imperiales grandes claros, de tal manera que al fin del sitio no llegaban los sitiados á siete mil, mermados por la fuerza considerable que se llevó Márquez y por las pérdidas ocasionadas en los combates, las enfermedades y las numerosas deserciones.

La noche del 9 de Mayo había solicitado el coronel López permiso para que la caballería, al mando del teniente Yablousky, pudiese ocupar la línea de la Cruz, cerca del Panteón, relevando á la infantería que ya estaba muy fatigada con el constante servicio; se accedió á su petición que parecía fundada en razones de



Rafael Platón Sánchez.

Teniente Coronel del batallón "Cazadores de Galeana."—Presidió el Consejo de Guerra ordinario que juzgó á Fernando Maximiliano de Hapsburgo y á los Generales D. Miguel Miramón y D. Tomás Mejía. El Consejo se reunió el día 13 de Junio (1867), á las ocho de la mañana en el Teatro de Iturbide (Querétaro), y después de leída la conclusión del Fiscal y terminados los alegatos de los defensores, votó á la una de la tarde del siguiente día 14, por unanimidad, la pena de muerte para los reos.
El Sr. R. Platón Sánchez fué asesinado por sus mismos soldados el 21 de Noviembre de ese año, (1867) en el lugar llamado el "Tunal," tres leguas distante del pueblo de Galeana, en el Estado de Nuevo León.